



REPÚBLICA DE FILIPINAS

Diario de Sesiones

DEL

PRIMER CONGRESO DE HISPANISTAS DE FILIPINAS
MANILA

SEGUNDA SESIÓN

Vol. I

Martes, 10 de octubre de 1950

No. 2

APERTURA DE LA SESIÓN

De acuerdo con la hora fijada para la Segunda Sesión, el Congreso de Hispanistas de Filipinas se ha reunido a las cuatro y treinta, ocupando el Estrado el Presidente de turno, Hon. Manuel C. Briones, Miembro de la Academia Filipina correspondiente de la Real Española, quien declaró abierta la sesión.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE TURNO HON. MANUEL C. BRIONES

EL PRESIDENTE DE TURNO. Excelentísimo Señor Ministro de España; Señores Congresistas; damas y caballeros:

Al principio, yo creía sinceramente que este pequeño discurso podía haberse exusado inclusive. De hecho, hasta esta mañana yo no había escrito nada. Estaba propuesto a entregarme a los azares de una improvisación. Pero después de pensar decidí que acaso fuera conveniente escribir algo. Por dos motivos: primero, porque la improvisación tiene sus riesgos; eso lo sabe más que nadie, uno que está acostumbrado a hablar en público; uno puede entregarse, impensadamente, al calor del momento, y llegar a expandir ideas innecesariamente; y mi papel de esta tarde no es para eso. Yo no tengo facultades para quitar tiempo a los oradores de la tarde; y, segundo, porque yo creía que la importancia de este Congreso requería que las ideas se fijasen. Además, creo que se va a publicar un directorio o un álbum de las actividades de este Congreso, así que he querido fijar algunas ideas que yo tenía que me sirvan de guía. Ni siquiera he podido mandar poner a maquina esto; está escrito en sobres usados y escrito en cruzado. Esto no es un gesto de vanagloria, ni siquiera es una pomposa vanidad; es solamente porque me obliga la necesidad.

Yo recuerdo que en tiempos de antes de la guerra, cuando yo era miembro de la Cámara de Representantes y el difunto señor Unson era Secretario de Hacienda, éste expidió una orden o circular a todos los jefes de las oficinas del Gobierno para que no desecharan los sobres usados a fin de que pudieran usarlos para borradores, y el Gobierno entonces ahorrra bastante. Esto explica por qué este discursillo aparece escrito en estos sobres. Y ahora al grano.

La celebración de este primer Congreso de Hispanistas en Filipinas en las vísperas del 12 de octubre—el día universal de la Hispanidad—no es simple casualidad ni coincidencia, sino que obedece a un propósito y a una motivación bien deliberados. Como se recordará, este día se había llamado primero Día de la Raza, pero con muy buen acuerdo se llama ahora Día de la Hispanidad—denominación muchísimo más correcta, propia y comprensiva.

Si fuese Día de la Raza, Filipinas no entraría en la significación de la formidable fiesta espiritual, pues evidentemente los filipinos no pertenecemos a la raza hispana. Pero es que el 12 de octubre—fecha del descubrimiento del Nuevo Mundo que, por uno de esos tremendos errores e ironías de la historia, se llamó después y se llama ahora América en vez de llamarse Colombia o Cristobalanda en honor de su original y verdadero descubridor, el genial Cristóbal Colón—el 12 de octubre, repito, no representa talmente la gesta de una raza, sino que es mucho más que eso: significa el nacimiento, la incorporación de una vasta y noble anfitrionía ideológica y espiritual en que el principal ingrediente, el factor esencial no es el accidente de la sangre, de la raza, sino los valores eternos del espíritu: religión, cultura, ciertas maneras individuales y familiares, ciertos conceptos sobre la vida, la realidad, el arte, las instituciones humanas fundamentales; en una palabra, un conjunto de valores que nada tienen que ver con la sangre, la raza—elementos muchas veces perniciosos por aisladores, repletos y dividentes—sino que superan la raza e incluso la anulan por su universalidad y su cosmopolitismo aglutinante.

En este sentido, los filipinos podemos entrar y entramos decididamente en la gran fiesta y nos ponemos a la par, a un mismo nivel, codo a codo y hombro a hombro con los hispanos de la Península y los hispano-americanos de la América del Norte, de la América Central y de la América del Sur, por encima de las diferencias y características raciales.

En este sentido cobra una peculiar y justa significación histórica—significación de solidaridad, de homogeneidad, una especie de panteísmo hispánico—el incidente que me ocurrió a mí y a algunos filipinos que me acompañaban en los bulevares de Madrid durante el

verno de 1930. Procedentes de Nueva York, traídos a la última moda de la Quinta Avenida—esto dicho sea sin inmodestia, sin “hambuquería” que diría el académico señor Barcelón en típico caló—cuando las madrileñas no; vieron por primera vez aparecer por el paseo de Alcalá, con aquella su sel y gracia inimitable nos asustaban con esta exclamación: “¡Miren qué chinos más elegantes!” y cuando, para rubricar sus comentarios, les contestáramos en español—el mejor de que podíamos echar mano—su asombro no reconocía límites y encantadoramente exclamaban: “Y ¡qué bien hablen el español! ¿Son por ventura de Pekín?”—“Sí, niñas, somos de Pekín; pero, como ustedes, también somos madrileños de pura cepa—de esta famosa villa del oso y el madroño. El colmo de emoción, de alborozo inefable, de regocijo fraternalísimo como de porrientes que se ven por primera vez después de larguísima ausencia y de recorrer remotas tierras—cuando, finalmente, les reveláramos lo que realmente éramos: filipinos! Aquellas niñas eran ya nietas de la llamada generación del 98, pero todavía recordaban, todavía tenían idea de la muy estrecha y feconda asociación de tres siglos entre su país y el nuestro.

En este sentido, por último, puede decirse que este Primer Congreso de Hispanistas en Filipinas, inaugurado y celebrado cuando ya somos república independiente, cuando ya no rendimos vasallaje a ninguna metrópoli, viene a ser el acto oficial solemne de nuestro reingreso, de nuestra reincorporación a un formidable imperio histórico de una veintena de pueblos—la más vasta anfictiónia de pueblos homogéneos que jamás se haya conocido en la historia—; imperio en que, usando de una imagen de todos conocida, el sol no se pone, pero un sol no político, que nada tiene de imperialista, y, por tanto, nada de hostil ni odioso—sol puramente espiritual, absolutamente benigno, sol de cultura, sol de idealidad....

Estrictamente hablando, Filipinas parece que no entra en la significación del 12 de octubre de 1492 por ser esta fecha la del descubrimiento de las Américas, y Filipinas no es parte de éstas. Pero es que en la creación de la vasta anfictiónia hispánica existen otras fechas estrechamente enlazadas con el 12 de octubre y de ellas son: 7 de abril de 1521 y 22 de abril de 1565. En 1521 Hernando de Magallanes descubrió las Filipinas en nombre de la Corona de España, y en 1565 el adelantado Miguel de Legazpi, acompañado de un puñado heroico de soldados y frailes, entre estos últimos el inmortal Urdaneta, trazando la ruta de Magallanes llegó a Cebú para sentar definitivamente las bases de la empresa colonial española en Filipinas. Como acertadamente recordó ayer, en su magnífico discurso, el Ministro de España en Filipinas, señor Gullón, 1565 representa un momento decisivo en la historia de las relaciones hispano-filipinas. Yo añadiría algo más: es un momento decisivo en la historia universal, en la historia de la civilización humana. Porque éste fué el momento de la incorporación definitiva de Filipinas no sólo a España, sino al Occidente. Desde entonces, Filipinas, pueblo oriental, pueblo asiático, mejor todavía pueblo oceánico, se hizo también pueblo occidental, produciéndose entonces uno de los casos más notables y más fecundos de simbiosis espiritual, cultural e ideológica en la historia del mundo. De ahí que no debe sonar como cosa extraña, a la luz de la terminología político-internacional del presente

momento histórico, el que se diga que Filipinas es prácticamente parte integrante del concierto de las democracias occidentales en la defensa de los reducidos de la civilización contra los aslutos del comunismo soviético e internacional. Porque de hecho es así: Filipinas es una democracia *oriental* y *occidental* al propio tiempo. (O, por lo menos, dicho sea entre paréntesis, aspira a *ser tal*, por encima de ciertos signos y tendencias totalitarias que en la historia contemporánea de este país han asomado peligrosamente en forma de elementos antidemocráticos y antisociales que han destruido la legitimidad y la libertad de la balota—espina dorsal de todo régimen republicano—con la violencia, el terror y el dolo.)

Por eso que duele, lastima de veras, cuando nos enteramos de que en un país hermano como Méjico, los filipinos no son admitidos por considerárseles como asiáticos. Duele, lastima, porque de quien menos esperábamos este gesto de hostilidad, de exclusión, era de Méjico, país con el cual nos liga la gloriosa historia de las Naos de Acapulco y otras formas de comunicación en el pasado. Sin discutir los méritos y fundamentos de la política de exclusión contra los orientales y asiáticos que, desde luego, conceptuamos como injusta, antiliberal y obsoleta, creemos que Méjico que, como Filipinas, tiene un elemento básico indígena *no blanco*, no debiera echarnos en cara a los filipinos nuestra condición de *no blancos*, es decir, de orientales, asiáticos. Así que nuestro Gobierno debe dar inmediatamente los pasos necesarios para remediar esta anomalía. Por de pronto, este Congreso debe adoptar alguna resolución positiva sobre el particular, y hacer, además, las debidas representaciones al Cónsul mejicano en esta capital. Y es tanto más urgente que se haga esto cuanto que tengo entendido que Méjico trata de convocar un Congreso de Academias de la Lengua Española. ¿Cómo podemos participar los filipinos en ese congreso si los mejicanos nos vetan la entrada en su país por ser asiáticos? Y si, como proyectamos, vamos a convocar en Manila un congreso cultural hispánico ¿cómo podríamos invitar a los mejicanos dada la conocida regla de la reciprocidad? Así que, repito, debe hacerse algo inmediatamente acerca de este particular, oficial y extraoficialmente.

Ahora sólo me resta hacer una profesión de fe. Creo sinceramente que ha llegado el momento, la ocasión de superar las añoranzas nostálgicas y románticas de nuestro glorioso pasado con España. “¿Qué amor no ha vuelto?” modula el poeta. Está bien que de cuando en cuando se diga esto, ya que la expresión efusiva, cálida de las emociones y sentimientos es característica tanto del filipino como del español. Pero los hurras y vivas por la hispanidad y la filipinidad se deben complementar con la acción, el esfuerzo sistemático y persistente, y creo que el medio, el instrumento para esto es este congreso.

Este congreso no debe ser flor de un día, celosión pasajera y transeunte, el *ningas-cogon* que llaman los tagalos. No sólo este congreso nacional debe celebrarse ya todos los años de hoy en adelante, sino que debe ser un organismo viviente, dinámico de todos los días, actuando constantemente mediante un núcleo representativo pequeño y manuable.

Este congreso debe aspirar a ejercer su influjo en el campo social, cultural y pedagógico. Debe intensificar la campaña para la adopción de más leyes y

medidas para el fomento del cultivo del idioma español y de la literatura que representa. El logro obtenido con la aprobación de la Ley Sotto sobre enseñanza obligatoria del idioma español en las escuelas y colegios tanto públicos como privados debe ser estímulo para la consecución de mayores logros y adelantos.

Como acertadamente apuntó ayer en su enjundioso discurso al Presidente de turno de nuestra sesión inaugural y Director de la Academia Filipina de la Lengua Española, señor Gómez, en la atmósfera de libertad de que gozamos actualmente, hay ahora en Filipinas un renacimiento vivo e interesante del idioma y la cultura hispánicos. Yo diría que este renacimiento tiene su paralelo en otro renacimiento que hoy ocurre en las universidades y centros docentes del mundo, incluyendo las grandes universidades norteamericanas, renacimiento que consiste en el retorno al clasicismo. En realidad, este renacimiento clásico no es más que la reaserción de una cosa elemental, a saber: que la vida de los pueblos, sobre todo la vida espiritual y cultural, tiene que ser la perfecta y cabal integración del pasado y el presente, proyectándose hacia los valles y llanuras del porvenir. Pues bien, lo clásico en Filipinas es el fondo hispánico, la base hispánica. Los filipinos sajonzados, máxime las juventudes, tienen que convenérsese, de que considerable como es su acervo y su herramienta cultural, ello es insuficiente no sólo para redondear su personalidad, sino sobre todo para capacitarlos a establecer aquí una gran cultura filipina—una cultura que por su originalidad y su substancia pueda apreciarse como digna aportación de nuestro pueblo al acervo acumulado de la cultura universal. Para eso tienen que buscar y beber en nuestro pasado y en nuestros clásicos y éstos son Pinpin, Padres Polérez y Burgos, Sanciango, Pardo de Tavera, Rizal, Del Pilar, Mabini, Ponce, Paterno, López Jaena, De Veyra, Epifanio de los Santos, Zulueta, Osmeña, Quezon, Adriático, Apóstol, Guerrero, Balmori, Recto, Teodoro Kálaw, Bernabé, Gómez, Zaragoza, Abad, Luz, Torres (Ramón), Varona, Rodríguez (Buena Ventura) y otros que sería prolijo enumerar. Y todos ellos tienen basamento hispánico, mejor todavía, basamento indígena, condicionado por la cultura hispánica.

Pero voy más allá. Este congreso debe aspirar también a actuar e influir en el campo económico. En este respecto, las posibilidades comerciales con España y con los países hispanoamericanos son inmensas y apenas se ha comenzado a explorarlas. Hasta ahora nuestra gravitación económica ha sido hacia Estados Unidos. ¿No ha llegado el momento de explorar otras áreas, sobre todo las ideológicamente afines? Hay que tener en cuenta que nuestro especial arreglo comercial con Estados Unidos tiene que terminar algún día, y, por cierto, no lejano. Pero aún sin esta consideración, la prudencia nos aconseja el hacer arreglos ventajosos con el mayor número de países para posibilitar una segura y variada expansión de nuestra economía nacional.

Hay otra línea en la que debe influir este congreso: la línea de las relaciones culturales y universitarias. Hasta ahora hemos encauzado nuestras relaciones en este respecto hacia Estados Unidos. ¿Por qué no ramificarlas por los países hispánicos, muchos de los cuales tienen idiosincrasias y problemas análogos a los nuestros?

DISCURSO DE DÑA. ROSA L. SEVILLA DE ALVERO

EL PRESIDENTE DE TURNO. Siguiendo el programa de este día, la Mesa concede la palabra a doña Rosa Sevilla de Alvero, Presidenta del "Roseville College".

LA SRA. SEVILLA DE ALVERO. Señor Presidente: Excelentísimo Señor Don Antonio G. Gullón, Ministro Plenipotenciario y Enviado Especial de España en estas Islas; distinguidos miembros del Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas, señoras y caballeros:

Pidiéronme los organizadores de este Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas que os dirija la palabra en esta ocasión, y, ¿cómo había yo de negarme a ello, siendo esto para mí una gran distinción que debo agradecer, y, además, porque, siendo tan hispanista como el que más, me es sumamente grato contribuir a la unificación de todos los amantes de la hermosa lengua hispana, por cuya propagación hemos trabajado y seguimos trabajando en el Instituto de Mujeres, hoy Roseville College, hace ya ahora más de cincuenta años? Así es que, no obstante la presión de los mil quehaceres que pesan sobre mí estos días por la preparación de las Fiestas Jubilares de nuestro Colegio, y de los mil dolorosos acontecimientos que hoy ensombrecen mi existencia, que no me dejan ni tiempo ni humor para preparar un discurso que sea digno de un auditorio tan culto y tan ilustrado como el que hoy me escucha, ni que sea apropiado para dar lustre a un Congreso como éste, que, además de su valor histórico, posee un valor cultural que exige un talento privilegiado y una elocuencia poco común de parte del orador; especialmente en mi caso, puesto que me ha precedido en el uso de la palabra una lumbrera de primera potencia en el arte del bien decir, un pensador de tan altos vuelos en las elucubraciones y disquisiciones mentales, un orador de la lengua cervantina, como es el letrado Presidente de esta sesión, el atildado orador y elocuente tribuno, honorable Manuel Briones; no obstante todo eso, repito, me atrevo a sacar fuerzas de flaqueza y aquí me tenéis, dispuesta a cumplir la palabra por mí empeñada.

A la verdad, siento en este momento un verdadero pánico y unos deseos casi irresistibles de batirme en retirada; pero veo que ya es demasiado tarde.

No, no puedo, ni debo defraudar la confianza que pusieren en mí los organizadores de este Congreso, así que, para salir del paso, me valgo del recurso de que se valen las abuelitas, cuando los nietecitos insisten en que les cuente algo para distraerles. No es, pues, un discurso lo que he de pronunciar, sino más bien una especie de conversación, a un modo de entreacto para distraer vuestra fatigada atención, una especie de entre-més que os ayude a digerir los suculentos manjares intelectuales de enjundiosos discursos y elaboradas disquisiciones que os van a presentar esos grandes oradores, esos magos del pensamiento que os van a dirigir la palabra en esta sesión.

Me contentaré, pues, con relataros una leyenda con visos de historia que llamaremos *Leyenda y Realidad*.

Era esta una leyenda de los habitantes de aquella tierra misteriosa que se llamaba *Mulá* (origen o principio). Tierra antiquísima, con su nombre lo indica, perdida allá en las brumas del amancer de los tiempos prehistóricos, cuyos habitantes eran tan pacíficos, tan

buenos y tan sencillos, que amaban a su *Bathala* y a su tierra con todo su corazón, y no conocían ni el dolo, ni la intriga, ni la maldad; como que no había entre ellos ni tuyo ni mío.

Serían comunistas, pensaréis. No. Nada más lejos de eso; porque aquella comunidad de intereses se fundaba en un principio más elevado que los ideales de los marxistas; aquella tenía por base la fraternidad fundada en el más puro amor, el amor fraternal, y no en el principio político de la absorción de la personalidad de los individuos y de los pueblos, para convertirlos en ciegos instrumentos de la desmesurada ambición de algunos pocos que sueñan con esclavizar el mundo.

Pero, ¿a dónde voy con mis divagaciones? ¡Ea! Volvamos a la bendita tierra de *Mulá*. Pero tampoco eso nos es ya posible, porque ditz, que aquella tierra, por demasiado buena y aquellos habitantes por demasiado bonachones, honradotes y sencillos no pudieren por mucho tiempo subsistir siendo una bella realidad. Dicen que el viejo Neptune, celoso de tanta bienandanza, los sepultó en el seno insondable de su reino de cristal, para que de élles no quedara ya más que un vago recuerdo. Como que, cuando yo era chiquilla, recuerdo que si alguien se distinguía por su bondad y por su sencillez rayana hasta el desconocimiento del mal, se solía decir: pero ¿qué? ¿has venido por ventura de la tierra de *Mulá*? ... Mas, me he equivocado señores, al decirnos que todo aquel inmenso territorio de *Mulá*, que se extendía según decían, desde el Asia hasta las Américas, ha sido anegado por el líquido elemento; todavía existen algunos de sus fragmentos que han quedado a flor de agua, los cuales emergen a la superficie de los mares malayos hasta el gran Océano Pacífico, en forma de islas cubiertas de verdor, cual brillantes esmeraldas desprendidas del collar de una bella sultana de aquellos legendarios tiempos, las cuales van esmaltando el azul de los mares, desperdigadas de acá para allá, como para recordar al mundo el pasado grandioso de aquella inmensa tierra de *Mulá*. Lo prueba el hecho de que la mayor parte de las tierras entonces concedidas, llevaban el nombre en tagálog. Ahí están, por ejemplo, *Sungsong* o China, que quiere decir contracorriente; *Lusong* o Filipinas, que quiere decir a la deriva; *Inda* (India) que quiere decir Madre; *Arab*, llama ardiente; *Annam*, seis; *Siyam*, nueve; *Mclaya*, libre; *Malacas* o *Moluccas*, fuerte; *Salibés* o *Célebes*, hacia abajo; *Haba* o *Java*, largo; *Timog* o *Timor*, Sur; *Manukwari* (al norte de Australia), parecido a una gallina; *Bagung Silang* o Nueva Zelandia, Sol naciente; *Guwang* o *Guam*, abertura de la Peña; *Hawayan*, contagiado; *Cuba*, jorobado; *Lima*, cinco, etcétera, etcétera.

Pero, ¿otra vez con más divagaciones? ... Bueno, no os impacientéis, señores, que allá va la leyenda.

Erase que era, un varón que se llamaba Makalibog, diligente, honrado y trabajador como el solo; como que dedicaba todo su tiempo en desbrozar su tierra, por conseguir la morisqueta para el consumo de su numerosa prole,—cómo se conoce que aquellos esposos no practicaban el *birth control*! ¿ni a qué habían de practicarlo, si la mejor riqueza para aquellos buenos habitantes era la fecunda *Mulá* eran sus hijos, que para ellos eran la bendición de su amado *Bathala*?

Pero el caso es que, de tanto trabajar sin descanso alguno, hizose Makalibog cada vez más hurafío y más gruñón, y gracias que tenía por esposa a la buena do

Kabahay, que era el reverso de la medalla; y la cual era tan dulce como el *ate*, tan buena como la mcricueta, y tan suave y deliciosa como el *Kakagga*. Si bien es verdad, que tenía un defectillo, y ¿quién no lo tiene en este mundo? Y era el ser tan bonachona y tan madraza, que no podía negar nada a los pedacitos de sus entrañas, que eran unos diablillos tan traviosos, que muchas veces le ocasionaban serios disgustos.

Y sucedió que un día Makalibog que iba por el campo para la recolección del palay,—que es una ocupación bastante penosa—se le currió pedir a Kabahay que le preparara una buena comida consistente en unos pescados frescos asados, con la consabida olla de morisqueta bien cocida. Y, en efecto, Kabahay se desvirtuó por obtener pescados frescos del próximo lago,—que, según decían, eran riquísimos—y los asó bien envueltos en frescas hojas de plátano, y preparó una olla de arroz nuevo y oloroso, que satisfacía con su perfume el apetito más exigente.

Y llegó en efecto Makalibog, con un hambre que no veía, y al punto reclamó su pitanza; mas en vano la buscó Kabahay. Los niños la habían comido sin dejar ni un grano de morisqueta. Y con aquel incidente tan desagradable y con las discusiones y lloriquetes de aquellos tragoncillos, se le exacerbo la bilis a Makalibog, quien, por dar salida a su mal humor, cogió un pedazo de caña y arreo a aquellos golosos que le habían privado de su comida favorita.

Viéndolo tan enojado, los rapazuales tuvieron que huir de la furia del autor de sus días, corriendo a la desbandada; refugiándose algunos en las habitaciones interiores; otros en el fogón de la cocina; otros en el zaguán; otros se escondieron debajo del parral de la calabaza que se les cayó encima; otros saltaron por la ventana y a los cuales Makalibog cogió por el cogote para llevarlos en vilo dentro de la casa; otros se escaparon refugiándose en los bosques y montañas; y otros, en fin, no teniendo ya donde esconderse, nadaron por el mar abierto para ganar la otra orilla.

Y añade la leyenda que aquellos que se escondieron en las habitaciones interiores, fueron después los progenitores de los Raxás, de los Lakanes y de los Gats y de los Maguinos; mientras que los que se refugiaron en el fogón, fueron los padres de los pobrecitos itas; los que se escondieron en el zaguán, fueron los ascendientes de los siervos y esclavos; los que fueron aplastados por el parral de la calabaza, fueron los progenitores de los enanos; en tanto que aquellos que habían sido levantados en vilo, fueron los padres de los gigantes; los que huyeron por los bosques y montañas fueron los ascendientes de los salvajes remontados; y, por último, aquellos que nadaron mar adentro para ganar la orilla opuesta, fueron, según dicen, los progenitores de los extranjeros,—que, con el baño que se dieron, quedaron blancos;—a quienes ellos, los nativos, reconocían como hermanos, los cuales, según ellos, volverían algún día para quedarse otra vez en el hogar perdido. Hasta aquí la leyenda; que es para ellos la explicación de la diversidad de las razas y de las clases sociales, el fundamento de la creencia en la hermandad de todos los hombres, y la esperanza de que algún día, aquellos hermanos ausentes vendrán otra vez a los patrios lares y, por eso, sienten añoranza por ellos y esperan su retorno al seno del hogar común. Y esta leyenda explica aquella viva simpatía con que acogieron los naturales

a los primeros españoles que vinieron a estas tierras con Magallanes y que, impulsados por la Divina Providencia, cruzaron los anchos mares a fin de evangelizar a aquellos y hacerlos participantes de su cultura y civilización. Y, por eso, aquella hospitalidad con que díz les acogió Bankay, aquel galante príncipe bisayo con dientes de oro y traje de seda bordada, que les honró con soberbios agasajos, sirviéndoles en platos y *saros* de oro, los mejores manjares y los vinos más exquisitos, como lo refieren los historiadores que vinieron con Legazpi.

Y por eso fueron recibidos por Hamabar con tan amistosas manifestaciones y vivas muestras de simpatía, porque les creían hermanos y aliados enviados por *Bathala* para defenderles contra sus enemigos; y tanto, que de no haber sido por las belicosas actividades de Magallanes contra los isleños de Maclán,—que lo hicieron sospechoso a los ojos de los nativos,—no hubieran sido víctimas los españoles de la justa venganza de aquellos intrépidos indígenas que no vacilaron en vender caras sus vidas por defender la libertad de su patria.

Y por eso fué, que a pesar de la desconfianza que sentían de los *castilas* que vinieron con Legazpi, debida a la experiencia que tuvieron de la expedición de Magallanes, no pudieron sustraerse de la atracción y ascendencia que ejercían sobre ellos aquellos españoles, quienes, según la leyenda de su pueblo, eran sus hermanos; y tan es así, que Tupas se decidió por fin a hacer con ellos el *sandugo* o pacto de sangre, con el que se obligaban ambos pueblos a la fraternidad y amistad y socorro mutuos que debían prestarse como buenos hermanos contra cualquier enemigo común. Y esa leyenda fué, en fin, la causa de aquella amistad y fraternidad que mostraron a aquellos españoles, Rajah Mandata y Lakandula con todos los suyos, quienes les prestaron su más eficaz cooperación y apoyo para conseguir que los otros pueblos de Lusong los recibieran como hermanos y como aliados y enviados por su *Bathala* para el bien de su pueblo; amistad y fraternidad que subió de punto, cuando notaron la identidad de la religión de sus antepasados con la religión de aquellos extranjeros; religión que ejerció sobre ellos irresistible ascendencia, sobre todo cuando observaron la pureza de sus doctrinas que eran tan semejantes a la religión *bathalana* que ellos profesaban, y más que nada, por la solemnidad imponente de sus ritos y ceremonias. Así que, no es de extrañar que aquellos naturales,—viendo la política de atracción que empleara Legazpi quien respetó sus costumbres y hasta su forma de gobierno—que es el sistema de Barangay—y la bondad de aquella religión que les atraía y que no era tampoco distinta de la suya, antes les parecía más completa y perfecta,—optaron por aceptarla con la alianza que aquellos les ofrecían; pues comprendieron que les traería más cuenta hacerse amigos de aquellos extranjeros, que, después de todo, eran sus hermanos, de acuerdo con sus leyendas y tradiciones. Y he ahí la admirable y pronta conversión de aquellos pueblos a la religión del Crucificado, pues, según los relatos de los Padres Misioneros, al cabo sólo de seis meses, millares y millares de ellos se convertían pidiendo el bautismo; lo cual no se debió, como afirma erróneamente el Padre Marín, a debilidad de carácter, ni a la inconsistencia de las costumbres de aquellos isleños; sino más bien a la firme convicción que tenían de que aquella religión no era distinta de la de sus antepasados, antes

bien les ofrecía la ventaja de tener mayor claridad en la doctrina y más imponente solemnidad en sus ritos y sacrificios, que fué lo que atrajo más poderosamente el temperamento oriental de aquellos sencillos indígenas, que profesaban el *Bathalismo* que tenía, como ya dijimos, no pocos puntos de contacto con la religión católica. Y prueba de ello es el hecho de que hasta ahora no se haya conseguido la completa conversión al Cristianismo de las otras tribus de estas Islas que no profesan la religión *Bathalana*.

Y, en efecto, era tal y tan grande la semejanza que existía entre una y otra religión, que, según los antiguos misioneros, como el Padre Chirino refiere en sus escritos, aquellos indígenas se sabían ya de antemano la doctrina cristiana cuando se acercaban a los Padres Misioneros para pedir fervorosamente que se les administrara el Bautismo. Y como prueba más convincente de la verdad de esta aserción, tenían aquellos nativos en su propio idioma expresiones de los misterios y dogmas más sublimes de la religión católica. Por ejemplo, la palabra *Bathala* expresión gráfica de la Santísima Trinidad; *Hala* que quiere decir Dios Padre, *Anak Hala* que quiere decir Dios Hijo, y *Lakanpati* que quiere decir Dios Espíritu Santo; *Lakambini* que quiere decir la gran Señora; *mansigid*, iglesia; *pangadyi*, doctrina; *panagano*, oración; *pandol*, sagrado sacrificio; *kalanitpas*, hostia; *gayuma*, que consistía en un jugo de vegetales que se convertía en virtud del excelso conjuro en *Manlala*, ciencia divina, que significa amor; así como también el *Sonat* que equivale a obispo, y era el que perdonaba los pecados y ordenaba a las *babalanas* (sacerdotizas); tenían el *binyag*, bautismo; el *sandugo*, hermandad de los hombres; el *Kalulubo*, ángel guardián; el *kalagyo*, santo del nombre; *Kaluluwa*, alma; *salang minana*, pecado original; *kabalan*, santidad por la cual se otorga la gloria celestial que diviniza a los hombres buenos y a los héroes, hasta convertirles en *anitos*, santos; y, por último, *buhay na walang hanggan*, eternidad; lo cual puede ser feliz y entonces se llama *kaluwalhatian*, o desgraciada, que llaman *kasawian*. Todo eso, Señores, es nada más que la prueba evidente de la semejanza de las dos religiones la Cristiana y la *Bathalana* que aquellos indígenas profesaban ya desde tiempo inmemorial, antes de la llegada de los españoles a estas tierras. Pues, como decía Paterno en sus comentarios a propósito de esta parte de la historia, "Si existe la palabra es señal de que existió la idea que simboliza: es así que ya existían aquellas palabras, luego tenemos que admitir que existían aquellas creencias aún antes de la venida de los españoles a estas islas;" luego, aquella pronta conversión de los naturales a la religión católica, se debía, no a la ignorancia, ni a la inconsistencia, ni a la veleidad del carácter, sino más bien, a la convicción, a la madurez de juicio y a la rectitud de espíritu, al preferir la verdad que les pareció más convincente, como vieron que resplandecía en la religión católica.

Debido, pues, a la compenetración de las almas por la semejanza del credo y a la fraternidad que les unía por razón de la leyenda de sus antepasados, los filipinos amaron a los españoles como a verdaderos hermanos y los tuvieron siempre como tales; y aquel amor hubiese perdurado, de no haber visto después que aquellos no procedían como tales hermanos sino que trataban de privarles de su más preciado tesoro, la libertad. Y de ahí aquel cambio que se operó más tarde en la actitud de los nativos, que no fué motivado

por la ingratitud como lo interpretaron los españoles, sino por la decepción que sufrieron más tarde, a causa de la incomprensión y los agravios que recibieron de aquéllas a quienes habían considerado como verdaderos hermanos. Mas, a pesar de todo eso y no obstante las incomprensiones que surgieron después entre gobernantes y gobernados, que originaron la separación definitiva de los dos pueblos, existió siempre entre ellos tal atracción y simpatía, que se sobrepuso al tiempo y aún a las más adversas circunstancias; como que podríamos decir que el amor que los unía con los españoles, no pudo ser destruido ni por la malicia de los hombres, ni por la fuerza del tiempo, ni por la larga y dolorosa separación que medió entre ambos pueblos.

Y, ¿qué amor no ha vuelto? como dijo el poeta. Y aquel amor volvió más puro, más desinteresado. España comprendió, al fin, que no fué la conquista material el móvil que impulsó a sus Católicos Reyes a enviar a sus hijos a la conquista de estas Islas; sino más bien la conquista de las almas, mediante la amistad y la penetración de los sentimientos y la unión íntima de las voluntades. Hermanos y aliados debieron ser aquellos dos pueblos, como lo deseaban los nativos, y como eran los designios de la Providencia, a fin de que ambos pueblos marcharan hacia el común progreso y mejoramiento espiritual y material.

Y España, hidalga como siempre, no vaciló en corregir su error cuando llegó a percatarse de él; así que trató de curar el odio con el bálsamo del amor.

Y, en efecto, el amor ha vuelto en la persona de los enviados espirituales de España, Rueda, Blasco Ibáñez, García Sanchez, Oteiza, Conrado Blanco, Blanco Soler, Martín G. Soller, Gallarza y Loriga, Antonio Geicochea; y en el mensaje de Amor que María de Escribana envió a las mujeres filipinas, al cual éstas respondieron con una carta de profundo agradecimiento, escrita por la que tiene el gusto de dirigiros la palabra y en la que figuraban centenares de firmas de las más distinguidas damas filipinas; y, por último, ha vuelto con el enviado especial de España, el excelentísimo señor don Antonio Gullón, Ministro Plenipotenciario de la que un tiempo fué nuestra Metrópoli, a fin de estrechar cada vez más los lazos de fraternidad y de alianza espiritual entre España y Filipinas. Y aún podríamos añadir más, que no sólo esos enviados, sino que todo el pueblo español hace el mismo esfuerzo, si se observa la complacencia con que brindan su amistad y su estimación a todos los filipinos que van a pisar aquellas tierras ibéricas.

Y podemos afirmar que, al obrar así, preceden con verdadero acierto; porque no hay mejor conquista que la conquista de las almas, ni mejor ni más perenne reinado que el reinado de los corazones. Y España, que un tiempo fué enviada por la Providencia a estas tierras para hacer las funciones de *Madre*, hace bien en ser la primera en dar el paso de aproximación; pues Filipinas, por su parte, se ha hecho acreedora de tales finezas, al fomentar la lengua y cultura hispanas en sus escuelas privadas, al aprobar una ley para la enseñanza obligatoria de la lengua castellana en todas sus escuelas superiores públicas y privadas, al impulsar las asociaciones hispanistas, y, por último, al celebrar este Primer Congreso de todos los hispanistas del país a fin de reunir a todos los amantes de la lengua y cultura hispanas, tanto españoles como filipinos que viven en Filipinas,—sin distinción de hispanistas e hispa-

noides, como los clasifican algunos,—a fin de que, unidos todos en hermoso ramillete, puedan presentar ante este mundo de odios y malquerencias, el hermoso espectáculo de dos pueblos, que olvidando ofensas y agravios, se juntan en un estrecho abrazo para reafirmar los lazos de amistad y fraternidad que deben reinar entre dos pueblos que la Providencia, en sus inexcrutables designios, ha dispuesto que estén estrechamente unidos por la leyenda, por la similitud de la religión, y, finalmente, por la lengua y por la cultura; para que en lo sucesivo se ayuden para su común mejoramiento y prosperidad; y más que nada, por el amor que siempre se profesaron y siguen profesándose a pesar de todos los pesares.

Y ¡quién sabe! si cuando llegue el momento de la agrupación de los diferentes Estados del mundo en haces más compactos para poder defenderse contra un enemigo común, nos sea dable contar no sólo con el Norte de América con el que nos unen los intereses creados por la lengua y por la cultura sajones, sino también con las Repúblicas hispanoamericanas con quienes estemos ligados por la lengua y la cultura hispanas? Un pacto de alianza y amistad con España y con todos esos pueblos, sería ideal: no sólo en lo cultural, sino también en lo económico, en lo social y aún en lo político; lo cual sería sumamente provechoso para todos, puesto que ni ellos ni nosotros quedaríamos aislados, cuando en lo futuro fuere necesario la mutua ayuda de todos esos pueblos y preciso conseguir la unión de todas las fuerzas vivas del mundo para la solución de los problemas mundiales. Porque en tal caso, cuantos más amigos tengamos, mejor; pues, en la vida tanto de los individuos como de los pueblos, la amistad es un tesoro inapreciable que hace más interesante la existencia y ofrece más elementos para el progreso y para el disfrute de la felicidad que todos anhelamos; y siendo el mejor y más poderoso instrumento para cultivar la amistad, la unidad de lenguaje, nada mejor podremos hacer para asegurar la amistad de esos pueblos, que cultivar esos dos idiomas de que nos ha dotado la Providencia, al disponer nuestra convivencia con esos dos pueblos más grandes del mundo: España y Norte América.

Es, pues, un deber de nuestra parte el fomentar igualmente esos dos lenguas con sus culturas respectivas, que sirven de complemento a nuestra autóctona cultura, haciendo de nuestro pueblo el único país del Oriente, que, además de poseer su propia cultura que es la oriental, posee también la cultura occidental: con lo que se desmiente aquel decir de que: *el Este es el Este, y el Oeste es el Oeste y nunca pueden juntarse*; porque aquí, en Filipinas, se verifica ese estupendo fenómeno de juntarse el Oriente con el Occidente por la doble cultura que posee el pueblo filipino, gracias a su larga convivencia primero con España y después con Norteamérica.

Y, por tanto, nada más justo que mantener esos dos lenguas y esas dos culturas que hemos conseguido obtener a costa de tan grandes trabajos y sacrificios; así que sería una verdadera locura el despreciar cualquiera de dichas lenguas, porque éstas serán como dos poderosas alas que nos servirán para volar hacia el progreso, hacia el bienestar y hacia la gloria.

Recibid, pues, mi más cordial felicitación, vosotros, los que habéis tenido la genial idea de reunir en este Primer Congreso a todos los hispanistas del país sin distinción de color ni de credo.

Habéis dado, con este Primer Congreso, el primer paso de aproximación hacia las veinticuatro Naciones de habla española que existen en el mundo. Así que secundo la feliz idea del digno Presidente de esta sesión, al proponer que este Congreso tenga en adelante un carácter permanente y no sea un simple acto transitorio y de ocasión, para que vele por la realización de la fusión espiritual de todos los pueblos de habla hispana para su común prosperidad y grandeza; y yo me atrevería a añadir a dicha sugerencia, la proposición de que no se limite la acción de este Congreso sólo entre los hispanistas de Filipinas, sino que en lo sucesivo se invite a todos los pueblos de habla hispánica y, sobre todo, a aquella gran Madre que legó su lengua y su cultura a tantos pueblos del mundo; por lo que con bastante razón pudo decirse que hubo un tiempo en que no se ponía el sol en los dominios de la nación española:

¡Adelante, pues, Señores hispanistas! ¡Cultivemos esta hermosa semilla de la aproximación de todos los hispanistas del mundo! Enviémosles ejemplares impresos de las resoluciones y discursos que aquí se adopten y se pronuncien; a España, sobre todo: para que se animen todos a compartir con nosotros esta obra de aproximación y simpatía, a fin de realizar, si quiera en parte, la hermosa leyenda de nuestros antepasados sobre la amistad y fraternidad de todos los pueblos de la tierra, lo cual sería el origen de la paz, de la prosperidad y de la felicidad del mundo!

¡Españoles y filipinos, hispanistas todos que me escucháis! ¡Por España, por Filipinas y por todos los pueblos de habla hispana, elevad vuestros corazones como copas rebosantes de vino generoso, para brindar por la amistad y fraternidad de todos los pueblos de la tierra como lo soñaran los sencillos supervivientes de la tierra de *Muld!*

¡Por la amistad y confraternidad entre España y Filipinas y las naciones todas de habla hispana!

Por la conversión de la Leyenda en Realidad, para que, por la fraternidad de todos los pueblos de la tierra, cesen de una vez y para siempre tantas guerras fratricidas que llenan de desolación el mundo, y para que reinen por fin, por doquiera, la paz, el amor y la justicia.

He dicho.

DISCURSO DEL R. P. EVERGISTO BAZACO, O. P.

EL PRESIDENTE DE TURNO. Tiene la palabra el reverendo padre Bazaco, Rector del Colegio de San Juan de Letrán y Presidente del Comité de universidades, colegios y escuelas.

EL PADRE BAZACO, O. P. Dignísimo presidente de turno; excelentísimo señor Ministro plenipotenciario de España; ilustrísimo señor Vicepresidente de Filipinas; ilustres miembros del Congreso de Hispanistas; damas y caballeros:

Al recabar vuestra atención por breves momentos desearía saber si acaso ha llegado la hora de rendir tributo a la labor educacional de una noble nación en este país, tema que se nos ha señalado; si por ventura han pasado ya las aguas del huracán que se levantara hace unas décadas y que hasta el presente no nos han permitido ver claro; o si hemos de dejar todavía pasar

algún tiempo para que las aguas vuelvan a su cauce; o bien, continuar, como en árbol caído, haciendo aún más leña.

De aquel sistema español de enseñanza poco nos va quedando, si atendemos a la prensa propagandista de nuestros tiempos, la cual formula los siguientes cargos:

- la implantación de las escuelas fué tardía;
- la condición de las mismas, muy pobre;
- el número de ellas, escaso;
- los maestros, deficientes;
- el castellano como medio de enseñanza, intencionadamente desatendido;
- el sistema mismo de enseñanza, retrógrado;
- los pobres, sin oportunidad...

¿Qué nos queda?... A la verdad, después de leer el CENSO DE LAS ISLAS FILIPINAS, impreso en Washington a principios del presente siglo, con otros escritos y panfletos de escritores modernos en aquél basados, venimos a concluir que la enseñanza no comienza en Filipinas hasta la llamada Segunda Comisión, encabezada por William Taft.

No es nuestro intento, señores, entrar en comparaciones odiosas como inútiles. Dejemos el trabajo de la Comisión, y de cuantos continuaron la magna tarea, en su glorioso timbre; mas por los fueros de la misma libertad de palabra y prensa, que tal brillo han sacado el reverso del sistema ya fenecido, pido tolerancia para desempolvar un tanto la hez principal antes de que quede ilegible el anverso. Y voy a hacerlo, contando con vuestra venia, sin salirme un ápice de la historia, aunque resulte árido todo este proceso.

En primer lugar, y por lo que a la crítica sobre la propagación del castellano toca, confieso que lleva mucho de razón. Es muy bonito el decir: "*España nos dió su cultura, su religión y su lengua.*" Pero lo de la lengua es poesía. Jamás llegó el español a ser en Filipinas la lengua del pueblo. Calcúlase hoy un millón y medio de hispanistas (incluyendo hasta los malos y medianos), pero la población total del país no baja de dieciocho millones. Y se pregunta: ¿por qué no se propagó aquí el castellano, como se hizo en Cuba, en Méjico, Colombia, Argentina, y en los demás países de la América española? Y responde, culpando a España, que fué por *soberbia*. Alégase como razón contundente lo que por ventura fué un chiste mal entendido de algún misionero cuando al oír a un feligrés expresarse en español chabacano, dícese que le dijo: "No estropces el castellano. Habla en tu lengua, que no se ha hecho el español para vosotros." ¡Un chiste de muy mal gusto! Mayormente dándose el caso de que en todas las etapas de la soberanía española, hubo filipinos que supieron gustar el néctar de la más profunda literatura hispana, mejor que la inmensa mayoría de los peninsulares que aquí arribaron.

Pero dejémosnos de chistes que suenan a chismes, y de ese u otro caso aislado no queramos hacer principio de ley. Es verdad que el español no se extendió en el Archipiélago en la proporción deseada, pero esta limitación no fué hija del "orgullo". Hay leyes en contrario formuladas por los gobernantes de España. (*Carlos II, Fernando VI, Carlos III, Carlos IV, Isabel II*). Fué en gran parte resultado de la escasez de personal, y, en otra, no menor parte, norma fué de valor espiritual.

Todos sabemos cómo afuía gente de Europa para las Américas. Empero, los pocos que se aventuraban a cruzar el interminable Pacífico hasta llegar a este rincón escondido de entonces, traían más altos ideales que la decantada hambre de aventuras y sed de oro. Sólo así se comprende que el Archipiélago Filipino se convirtiera tan presto en un centro de Cristiandad para el Oriente. Y contribuyó a ello como factor principal el hecho de dirigirse el misionero a los antiguos filipinos en su propio dialecto. Así les ganó el afecto y confianza. Era también más rápido y fácil para un solo hombre (y hombre de carrera como el misionero) el aprender un dialecto sencillo, que para toda la población, una lengua tildada de "elaborada" como el castellano. Así también se conservó más pura la religión en Filipinas.

Si se lamenta el olvido de un antiguo alfabeto, fácil de retener, aunque a cambio de la escritura universal latina, ¿qué no diríamos ahora si se hubiesen perdido para siempre ochenta dialectos vivos del país? Los españoles no vinieron a destruir: ellos encontraron en los dialectos, en particular el tagalo, las perfecciones del latín, griego o español. Por eso los cultivaron, aunque a expensas de la lengua española.

Y pasando ahora al sistema educacional así fuera en español como en los dialectos, diré que ni fué tardío, ni pobre, ni retrógrado, ni menguado: "Extrañará grandemente a muchos al saber"—y no son palabras más, pero las hago más—al saber, digo, que cuando España ocupó el Archipiélago Filipino, el mundo en general estaba aún opuesto a la enseñanza universal. El Gobernador de Virginia, Berkeley, decía en 1670: "¡Doy gracias a Dios de que aún no tenemos escuelas libres ni imprentas, y confío que no las tendremos de aquí a cien años; pues la erudición ha introducido la desobediencia y la herejía y las sectas en el mundo, y la imprenta las ha dividido, causando difamaciones contra los gobiernos mejor establecidos! ¡Dios nos libre de semejantes invenciones!" (*Laubach, Frank, "The People of the Philippines", p. 80*).

Mas la España Católica iba entonces a la vanguardia en todo lo que significaba cultura y civilización y, por ende, tenía una idea muy distinta de la enseñanza. Podían venir difamaciones contra el gobierno (y de hecho le vinieron, y aún no sabemos cuando terminará la leyenda negra); pero era también un servicio a la Religión y un gran beneficio al pueblo. Por eso disponía Felipe II, no cien años después de Berkeley, sino ciento y pico antes de Berkeley: "Para servir a Dios Nro. Señor, y para bien público de nuestros reinos, conviene que nuestros vasallos, súbditos y naturales (de las colonias), tengan en ellos universidades y estudios generales, donde sean instruidos y graduados en todas las ciencias y facultades." (*Recopilación, lib. II, tit. 22 ley 1.*)

El resultado práctico en lo que a Filipinas concierne, fué enviar misioneros y educadores desde el principio de la ocupación hispana. La primera imprenta conocida por tres largas centurias con el nombre de "Santo Tomás", comenzó a funcionar en Filipinas nada menos que en 1593, y es hoy considerada una de las dos más antiguas existentes en el mundo. (*Retana, W., "Orígenes de la Imprenta Filipina", 1911*). Y antes de esta fecha, habíamos establecido en Manila tres colegios mayores o casi-universidades: San Pablo, Nuestra Señora de los Angeles, y Santo Domingo..

(*Bazaco, "History of Education in the Philippines", Chap. VII*). Y aún antes todavía, y coincidentemente con la conquista (o más bien la unión de los múltiples barangays en una sola nación) por Legazpi, aquellos celosos misioneros iban levantando doquiera penitencias una iglesia y una escuela: "No había villa cristiana sin su escuela elemental." (*Catholic Encyclopedia, "Philippines"*).

Y no se crea que la enseñanza se limitaba exclusivamente a los chiquillos de edad escolar: se daba también a los inválidos y a los ancianos; así vemos un Padre Rada cargando sobre sus hombros hacia el convento-escuela inválidos y enfermos para que no perdieran las clases dominicales o nocturnas. No había aún nacido a Francia un Lancaster, y ya un Padre Plasencia ensayaba en Filipinas el sistema de "enseñar-jugando" y el método monitorial. Ni había nacido tampoco a España un San José de Calasanz, y aquí nuestro primer obispo, Fray Domingo de Salazar, buscaba el medio de cómo hacer la enseñanza gratuita para el pobre. (*"Reseña Histórica de San Agustín"* y *"Catálogo Biográfico de los Religiosos Franciscanos"*). Estábamos todavía en el siglo dieciséis, en que la oposición a la enseñanza popular era mucho más mareada que en los días del Gobernador de Virginia, y ya aquí en Manila se celebraba el primer Congreso Educacional con el fin, no sólo de unificar la enseñanza en el país, sino de popularizarla y afianzarla más y más. Es, en verdad, sorprendente que en una fecha tan remota como el año 1582, en que aún las naciones más cultas descuidaban la educación de las masas, aquí en Filipinas se la hiciera obligatoria, dándose igual oportunidad al pobre. Y se acordó:

Primero: Cada ciudad, distrito y barrio distante, tendrá dos escuelas primarias, una para niños y otra para niñas.

Segundo: Todos los jóvenes, sean de familias ricas o pobres, han de asistir a las clases, y los padres de los niños católicos tienen la obligación de cooperar a ello.

Tercero: Para mejor cumplir con la obligación de la asistencia a la escuela, se hará una lista de cuantos deban asistir a la misma, la cual se leerá en clase guardándose nota de los ausentes.

Cuarto: A más del sacerdote o religioso-párroco, se elegirán instructores o maestros entre los entendidos del pueblo o distrito.

Quinto: El salario a dichos maestros será pagado por los parientes de los discípulos.

Sexto: Las familias pobres (y no perdamos de vista la fecha de 1582), que no pueden pagar por la enseñanza de sus hijos sin gran inconveniente, serán excusados de pagar, entendida la obligación de enviar sus hijos a la escuela, y los misioneros abonarán los gastos, que se deducirán en este caso, de los fondos de la Iglesia, a manera de limosna.

Séptimo: Lo que se dice del salario a los instructores seculares o maestros, entendiéndose también del equipo y material de la enseñanza.

Octavo: El *currículum* mínimo será: Doctrina Cristiana, Lectura, Escritura, Aritmética, y Buenas Costumbres. Es decir: las 3 RR de aquel entonces, más religión y moral. (cf. *"The Civilizers of the Philippines", Boston, 1911*).

Es, además, sabido de todos que hasta las artes y oficios recibieron atención. Pardo de Tavera, como un ejemplo, dice: "*Los Frailes enseñaron además a sus feligreses artes y oficios... la imprenta empezó a funcionar...; escultores, pintores y otros artistas... se formaron prontamente educados por los religiosos competentes...; y las mujeres llegaron a gran altura en el arte del bordado... Todos los edificios de piedra que se fabricaban fueron levantados bajo la dirección de los doctores.*" ("*Reseña Histórica de Filipinas*", página 29).

Señores, es verdad que Filipinas fué el último archipiélago de importancia descubierta por los exploradores españoles; pero ciertamente no fué tardía en las Islas una enseñanza que se adelantó cien años a la generalidad del mundo culto. No eran escasas las escuelas que igualaban al número de conventos esparcidos por todos los pueblos cristianos del Archipiélago; ni tampoco eran pobres las escuelas albergadas en los referidos conventos, porque entonces el convento era el palacio del lugar; ni eran deficientes los maestros, en su mayoría sacerdotes y religiosos, que entonces, como ahora, constituían la mejor parte de la intelectualidad del pueblo; ni era, en fin, contrario al pobre un sistema que procuraba medios para favorecerla.

Y cuando en el siglo diecinueve despertó la vieja Europa y determinó organizar toda enseñanza, Filipinas se mantuvo otra vez a la vanguardia con el decreto de 1863; y al convenir el mundo civilizado en que era preciso establecer escuelas especiales para la preparación de maestros, se implantaron aquí las escuelas normales antes que en la inmensa mayoría de los pueblos civilizados de Europa. La primera Normal de Maestras Filipinas—nota Azcona—es ocho años más antigua que la Normal de la muy culta y bella París, de Francia.

Y no se crea que la enseñanza se limitaba a la elemental. Innumerables fueron los centros educacionales creados, donde florecieron las ciencias, las artes y las letras. Al siglo dieciséis pertenecieron los colegios mayores de San Agustín y San Francisco, como también San Ignacio y el Santísimo Rosario, originándose de éste la famosa Universidad de Sto. Tomás. Del mismo período fueron San Pedro Mártir de los Dominicos, San Ildefonso de los Jesuitas, y el de señoritas de Santa Potenciana. Del siglo diecisiete nos quedan aún el Colegio-Seminario de San José, el Colegio de San Juan de Letrán, y dos más para señoritas: Santa Isabel y Santa Catalina. En el siglo dieciocho aparecieron la Universidad de San Felipe, el Colegio de Orientales, la Escuela de Música, San Carlos de Cebú, Nuestra Señora del Rosario de Naga, y los nuevos centros educacionales para mujeres: Santa Rita, San Sebastián y Santa Rosa.

Pero donde el acopio de centros educacionales fué mayor, es en el siglo diecinueve. Y yo comprendo, señores míos, que una letanía de nombres cansa, pero cada uno de ellos es una garantía de nuestra cultura pasada. Sobresalieron: la Inmaculada Concepción de Vigan, San José de Jaro, Santa Isabel de Nueva Cáceres, el Colegio de la Compañía, la Concordia, la Consolación, la Asunción, San Alberto Magno, el Ateneo de Manila, Santa Imelda, San Buenaventura y San Vicente Ferrer; la Escuela de Agricultura, la de Comercio y Lenguas, la de Náutica, la de Botánica y la

Academia de Bellas Artes, la Escuela Práctica Profesional de Artes y Oficios, con cursos avanzados en Mecánica, Comercio, Agrimensura, Química y Electricidad; y más un centenar de "junior high school" que se conocieron con el nombre de "Latinidades". ("*History of Education in the Philippines*").

Con razón pudo decir el agente de Napoleón, monsieur Francis Depons: "*Mientras España y sus leyes consideran las tierras conquistadas como prolongación de España, los demás europeos miran a sus colonias como cebo para enriquecerse... por eso, los súbditos españoles consideran como verdadera patria cualquier lugar de su imperio. Aún sin salir de su propio país, pueden el criollo español y el indígena encaminar su ambición hacia lo que juzgan más ventajoso o más conforme con su vocación; pues cuentan sus colonias con universidades, facultades de Derecho y Medicina, seminarios, obispos, canonjías, prebendas, conventos, escuelas militares, etcétera, en tanto que la vocación del criollo francés para la tribuna, la Iglesia, la soledad de los claustros, las armas y la medicina, no pueden satisfacer sino en la metrópoli, por faltar en nuestras colonias centros vocacionales y superiores de enseñanza.*" ("*La Iglesia en Filipinas*", página 34).

España se propuso civilizar al mundo llevando a lejanas tierras lo que ella poseía, y consiguió fundar en cada colonia otra España. Aquella civilización, lo admitimos, tenía sus defectos, como lo seguirá teniendo toda obra humana hasta que acabe el mundo. Pero era aquella una civilización europea y cristiana que, entonces como ahora, se tenía por la más elevada. Y hablando de Filipinas, oigamos lo que el protestante Frank C. Laubach tiene que decirnos: "*España llevó a cabo en el primer período de su colonización lo que ninguna otra nación europea ha hecho jamás en el Oriente; y lo hizo sin oprimir a los naturales del país... En verdad, que muy poca justicia se ha hecho por escritores ingleses a aquel régimen colonial: España cambió la vida del filipino, pero fué para bien del mismo. Seamos una vez justos en admitir esta verdad histórica.*" ("*The People of the Philippines*", páginas 80 y 819).

Si acaso ha llegado la hora, si por ventura han vuelto las aguas a su cauce, me atrevería a rogar a los señores congresistas estudiasen la conveniencia o inconveniencia de formular dos resoluciones: *Primera*, elevar una petición al Comité Nacional de Textos, para que se revisen los libros de historia y educación filipinas, que circulan por nuestras escuelas, expurgándolas de frases y relatos tergiversados, que hacen muy poco honor al régimen colonial, y no están en consonancia con el sistema pedagógico de atracción. Bonitos y entusiastas discursos vamos oyendo con ocasión de este Congreso de Hispanistas, pero me temo y ojalá me equivoque, que no se haga más que agitar el viento y el eco de nuestras voces no llegue a resonar en las escuelas de la juventud;

Segunda, pedir al Gobierno de España, por medio de su dignísimo Ministro, nos aumente las becas para el Instituto de Cultura Hispánica en Madrid, a favor de congresistas y alumnos de institutos de español en Filipinas, facilitándonos económicamente más y más el acceso a sus aulas. Supone un sacrificio para nuestra antigua Metrópoli, desanagrada en su lucha contra el comunismo, sin que haya podido aún cicatrizar sus heridas por falta de medicinas y médicos

en inhuo destierro. Pero nos acordamos de la pensión anual de varios centenares de miles de ducados que a costa de inauditos sacrificios, nos enviaba en el pasado vía Méjico. Pedirla un sacrificio más sólo sería cosa de rutina. Pero esta vez, ha de ser en beneficio del español.

Y para terminar, señores, que no tenemos tiempo para responder a todos los cargos hechos contra el sistema educacional de España, permítansenos una consideración. Durante la primera guerra mundial se cuidó de proveer minuciosamente a los soldados de abundantes víveres. Empero iban cayendo enfermos, presentando todos síntomas desconocidos. Se hicieron ensayos, se practicaron experimentos, y concluyeron que algo esencial faltaba en la dieta: unas sustancias misteriosas, pero necesarias, que llamaron *vitaminas*.

También en nuestro siglo se ha practicado toda clase de ensayos en las escuelas. El sistema es excelente; el número de escuelas, satisfactorio; la condición de las mismas, muy buena. Centenares de entendidos emplea el Gobierno en inspeccionar y velar por la buena marcha de la enseñanza en los Islas. Miles de pesos gastan los padres de los niños, sobre los centenares de miles del Gobierno, en mejorar la educación de la juventud.

Y a pesar de todo, encontramos que falta algo. No acertamos a ver qué, pero algo falta. Raro es el día que no leamos en el periódico diario un asesinato, un robo, un suicidio, un atraco, etcétera. Los ancianos nos dicen que esto no sucedía antes. Se buscan causas, se estudian datos, se adoptan medidas, se ponen a disposición de las escuelas todos los adelantos modernos. Pero, sin efecto.

Los que estudiaron a base del sistema antiguo dicen que era más clásico y tradicional que el que ahora tenemos; pero esto sólo no lo explica. Razón hay para dejarle e ir a lo práctico. Otra causa para abandonar el antiguo, es que daban mucha importancia a los valores espirituales. Pudieran ser aquéllos las vitaminas que faltan al moderno...?

He dicho.

DISCURSO DE DON FRANCISCO LIONGSON

EL PRESIDENTE DE TURNO. Corresponde ahora el uso de la palabra a Don Francisco Liongson, Miembro de la Academia Filipina, correspondiente de la Real Española, y Presidente del Círculo Escénico.

EL SR. LIONGSON. Ilustre Presidente; distinguidos miembros del Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas; damas y caballeros:

La voz de la Historia una vez más lanza su llamamiento bajo nuestro cielo; el grito de la raza vuelve a resonar en tierras Filipinas, con ecos de recriminación y reconvencción de pueblos hermanos, que nos recuerdan nuestra pragnie común y nuestro abolengo, al par que nuestros oídos perciben, traídos por el viento entre sus alas, acentos dulces y tiernos de canción de cuna; susurros de amor y ternura, que sólo pueden modular unos labios santos de madre olvidada.

Filipinas, respondiendo a ese llamamiento y a esas voces, y no pudiendo negar su propia historia, y menos dudar de su origen legítimo y sagrado, ha decidido celebrar este Congreso, que sólo hijos depravados

y desnaturalizados pueden mirar con odio y con rencor. Congreso, no de sabios ni doctos, ni menos de grandes genios que pretenden golpear a nuestro pueblo por los derroteros de su vida política, económica o nacional; sino de filipinos orgullosos del pasado de su patria y que tratan de revivir y perpetuar los inmensos valores que ese pasado encierra; valores que se sintetizan y expresan con una sola palabra: HISPANIDAD. Hispanidad con que la Providencia ha querido sellar nuestra existencia; hispanidad de la que no podemos aislarnos ni desentendernos; hispanidad que palpita y late en todo pecho filipino leal y noble; hispanidad que vibra y resplandece en cada capítulo y en cada página de nuestra historia.

Damas y caballeros: el pueblo filipino ha transpuesto los umbrales de la madurez y ha asumido todas las responsabilidades de una nación libre; y tiempo es ya, de que dando fé de esa madurez y de esa responsabilidad se haga justicia a sí mismo. ¿Cómo? Comenzando por hacer constar con caracteres bien claros y definidos, grabados al fuego y en granito, su certificado de nacimiento, que establece y afirma su ascendencia y progenie hispanas: no por la sangre ni por razones étnicas, no por la raza ni el color, que se prestan a variadas mixtificaciones y son materias fáciles de adulteración; sino por otros elementos más vitales y perpetuos, por otros rasgos perennes e imborrables; su catolicismo y su civilización, que son el sello excelso de la hispanidad.

Extendamos una mirada hacia los otros pueblos vecinos de Filipinas; recorramos en un vuelo imaginario todas las islas y continentes que nos rodean; analicemos los rasgos más notables que caracterizan a cada grupo de los que componen el vasto elemento humano que llena esta parte del globo; y nuestros ojos comprobarán, para orgullo nuestro y asombro de extraños, que sólo bajo los cielos de Filipinas se ve el maravilloso espectáculo, de que en cada pueblo y barrio importante de esta perla de nuestros amores, se levanta una iglesia o una humilde ermita, donde se yergue majestuosa la Cruz de la Redención, como emblema inequívoco de fe y catolicismo; y el que dice catolicismo, dice civilización; y el que dice civilización, dice cultura: civilización y cultura sembrados en nuestro suelo y cultivados por Magallanes y sus sucesores, para darnos dignidad de humanos, conciencia de pueblo homogéneo y unido y casta de hispanidad: sacra herencia y divino tesoro que nos cualifica como nación soberana, que la España conquistadora de mundos supo legar a todos los pueblos en cuyo suelo flameó gloriosa esa bandera madre de veintinueve repúblicas.

Mucho se ha hablado y se habla de hispanidad en estos días, con motivo de este Primer Congreso de Hispanistas que se celebra en Filipinas y por la fecha señalada para conmemorar ese día único en la Historia Universal: el Día de la Hispanidad. Y ésta es la mejor ocasión para Filipinas, como nación soberana, de detener por un momento sus pasos, volviendo la mirada hacia atrás; no para convertirse en estatua de sal como la mujer de Lot, sino para recordar cuál fué su origen y rendir el culto debido a su pasado histórico, que es también el pasado histórico de todos los pueblos de la hispanidad.

Yo entiendo que este Congreso debe ser, precisamente, eso: un alto en el camino; un aislamiento, siquiera momentáneo, de todo lo artificioso, postizo y falso que

envuelve a nuestro ser como filipinos; que ha contribuido y contribuye a deformar y caricaturizar nuestra figura y nuestro tipo verdadero y real, así como a adulterar y falsear nuestro espíritu genuino y legítimo. Y aprovechando este aislamiento, hagamos un examen de conciencia y tengamos el coraje suficiente de confesar nuestras culpas y faltas, con firme propósito de enmienda y rectificación.

Si los quilates de grandeza y civilización de una nación se midieran por las cualidades morales y cívicas de sus ciudadanos, por sus costumbres y hábitos de dignidad, disciplina y temor de Dios, yo me atrevería a afirmar que, desgraciadamente, mucho hemos perdido en ese sentido en el curso de estos cincuenta años que llevamos de siglo, debido a haber estado sometidos a influencias extrañas, que aquí han implantado el laicismo en las escuelas y el libertinaje en las costumbres, procurando también apegar los resplandores de una lengua con la que aprendimos a creer en Dios y amar a la patria. Alaciones funestas que han devaluado el oro legítimo de nuestra moral; ahogando con ello lenta, pero eficazmente, nuestras mejores cualidades y virtudes; minando los cimientos que servían de base a la estructura de nuestra personalidad como pueblo y como nación, hasta el extremo de inducirnos a suplantar nuestra fe de bautismo, falseando la ascendencia materna que nos dió la vida y la existencia.

Y si no se ha perdido todo; si aun nos quedan esperanzas de volver a levantar y reconstruir lo destruido es porque parte de esa estructura se mantiene en pie, gracias a la labor tenaz y perseverante de los ministros de la Iglesia y de los centros de enseñanza privados, donde se enseña a la juventud el temor a Dios y la obediencia al Decálogo, y gracias a ese espíritu de hispanidad que todavía alienta y vive en algunas capas de nuestro mundo social y político. Espíritu de hispanidad con el que se han ido tejiendo los lazos que dieron consistencia y realidad al concepto cristiano de la familia y del hogar nativos; espíritu de hispanidad que nos inculcó el respeto al superior, la obediencia a la ley y el acatamiento al orden social establecido por el Derecho Natural; espíritu de hispanidad que se revela y manifiesta en las sagradas páginas del "Noli", en los versos inmortales del "Último Adiós", en la constitución de la primera República y en las actas del Congreso de Malolos; perpetuado en las brillantes peneas de nuestros magistrados, en las inspiradas y sublimes armonías que brotaron de la lira de nuestros poetas nacionales, y en las oraciones parlamentarias de nuestros más grandes tribunos. Espíritu de hispanidad que vibra y resuena con nombres de provincias, pueblos y barriadas, calles y avenidas, plazas y lugares de nuestro suelo; espíritu de hispanidad que moldeó y formó el alma y el cerebro de las figuras más rutilantes y egregias de nuestra historia; espíritu de hispanidad que se resiste a desaparecer y a ser aniquilado, del cual nuestros propios nombres y apellidos son un constante recordatorio, al par que una severa recriminación a nuestra indiferencia rayana en olvido, a lo que es esencia y alma de nuestra propia existencia.

Nuestra gratitud al gran pueblo norteamericano, como nuestro mentor y guía en los métodos democráticos de gobierno, hasta llegar a concedernos una independencia respaldada por su prestigio y poderío, no debe ser motivo ni causa para olvidar, ni menos depreciar, los sagrados lazos que nos ligan a la Hispanidad.

Y si antes, bajo una tutela o presión extraña, se llegó a la relajación de esos lazos, y hasta a olvidar y despreciar sus valores positivos, ahora ha llegado el momento de que hagamos un balance de nuestro acervo cultural y moral, y de acuerdo con ese balance nos determinemos a recuperar y restaurar lo perdido: primero, implantando la instrucción religiosa obligatoria en todas las escuelas y colegios de la nación, para que el filipino no sólo sepa leer y escribir, pensar y discutir, gobernar y mandar; sino que también conozca lo que es creer en Dios y amar al prójimo; piedras angulares y bases imprescindibles para que en toda comunidad reinen la paz y el orden, la libertad, la igualdad y la fraternidad en su verdadero concepto cristiano y puro. Y segundo, dando a la enseñanza del idioma español todos los privilegios y prerrogativas a que tiene derecho, no sólo como instrumento de cultura y civilización, sino porque para nosotros fué el puente de oro y la llave mágica que nos abrió el camino y nos franqueó el sendero que conducen a la manumisión y a la propia soberanía; y no tratar a ese idioma como a una Cenicienta o una pordiosera, que tiene que mendigar un hueco mísero y oscuro en nuestras escuelas y universidades, olvidando que en esa lengua aprendieron nuestros héroes y mártires, nuestros caudillos y estadistas lo que valen y significan estas tres palabras: Dios, patria y libertad.

Sólo así demostraremos al mundo que Filipinas es como debe ser; sólo así brillará para nosotros en todo su esplendor el sol de nuestra enseñanza, sin que las generaciones futuras puedan culparnos de haber perdido y destruido tesoros de tanto valor, legados a nuestros padres y abuelos como copartícipes de esa hispanidad que hoy conmemoramos.

Que este Congreso, damas y caballeros, sea el primer paso que nos oriente a tan nobles fines; la voz evangélica de "levántate y anda" para esa labor de rectificación y desagravio; el toque de alerta que despierte de su letargo, no sólo a los elementos hispanistas de Filipinas, sino a todo filipino orgulloso de serlo; para que, unidos y organizados, nos decidamos a emprender esa campaña de reafirmación en nuestro origen histórico, de rectificación de pasados errores y de adhesión cálida, sincera, ferviente y entusiasta a ese grupo de naciones que piensan y sienten como nosotros, porque al igual que nosotros aman y odian, ríen y lloran, cantan y oran en el mismo idioma, y con nosotros bebieron de la misma fuente y heredaron de una madre común los altos conceptos de hidalguía, caballerosidad y fe en Dios, que no tienen precio ni son cotizables en el mercado del oro, porque no pueden comprarse, puesto que sólo se adquieren por derecho de sucesión.

DISCURSO DEL HON. SR. FERNANDO LÓPEZ

EL PRESIDENTE DE TURNO. Ahora nos dirigirá la palabra el Honorable Señor Fernando López, Vicepresidente de Filipinas y Vicepresidente Honorario del Primer Congreso de Hispanistas.

EL HON. SR. LÓPEZ. Distinguidos miembros de este Congreso; damas y caballeros:

Efusiva y cordialmente, yo os felicito por la brillante idea que habéis tenido de organizar este Congreso de cultos y sabios hispanistas, en un período de nuestra historia nacional en que todas las fibras

de la vida del país están sufriendo una viva y fuerte renovación, una especie de remozamiento de todas las savias espirituales de la raza filipina.

Vosotros sois los legítimos y auténticos herederos de los gloriosos lauros espirituales, ganados por los antiguos cruzados del Hispanismo que os precedieron en el camino de la lucha para conservar, defender y mejorar el tesoro espiritual de la cultura hispánica de nuestra querida Patria.

Es vuestro deber conservar este bendito legado para las generaciones del porvenir, no sólo para que sirva de base sólida al edificio de la unidad y libertad de Filipinas, sino también para que forme el núcleo de la cadena de ensueños y esperanzas en que cifraron sus vidas y sus fortunas otros hombres, tan grandes y tan patriotas como vosotros, pero menos afortunados que vosotros, porque mientras vosotros veis resplandecer la nueva aurora, ellos, en cambio, cayeron en la noche de los tiempos, sin ver granar la semilla que echaron en el surco.

Como vosotros, yo también me doy cuenta de la suprema importancia y profunda significación de la Fiesta de la Raza, hoy llamada más propiamente Día de la Hispanidad.

En esta efemérides se celebra el aniversario del descubrimiento de América, que tuvo lugar el 12 de octubre de 1492, cuando el intrépido navegante Cristóbal Colón desembarcó en la isla de San Salvador y, luego, tomó posesión de las tierras de América en nombre de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, de España.

Cuanto más estudiamos la gloriosa hazaña del gran almirante Cristóbal Colón, bajo la égida del gobierno español, tanto más nos daremos cuenta de la magnífica y saludable influencia que tan alta ejecutoria ejerció y sigue ejerciendo en el estado social y político del mundo. Aquello no fué solamente un mero descubrimiento de tierras. Aquello implicaba una verdadera floración ideológica, una súbita mutación del pensamiento de la Humanidad y un cambio radical y completo del estado del individuo y de la sociedad de entonces.

Antes del descubrimiento de América había en Europa una raza que se creía superior, amparándose en las teorías y principios del antiguo paganismo: era la raza erodada por el emperador Julio César que había acaparado el dominio y la hegemonía sobre todas las partes conocidas del globo descubiertas.

La hazaña colombina tuvo sus repercusiones en la primera comprobación práctica de la redondez de la tierra por Sebastián Elcano, y en el hallazgo de las Islas Filipinas por Hernando de Magallanes el día 16 de marzo de 1521.

Si en vez de la España de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando,—la España propagadora y defensora del Catolicismo, hubiese sido la Roma de los Césares y de los emperadores la que hubiese descubierto las Américas y las Filipinas, tal vez el destino de los pueblos descubiertos y civilizados hubiera sido no sólo muy distinto, sino también muy triste y doloroso.

Loado sea Dios, que en sus sabios designios ha permitido que España, una nación tan noble y buena, haya venido a nuestro suelo para convertirnos al Cristianismo, para que, más tarde, de la amalgama de ele-

mentos de varias culturas extranjeras, transfundidas en las substancias de la raza malaya, pudiera surgir definitivamente la raza propia, la raza filipina, cristiana y democrática, libre y soberana.

Los descubridores y misioneros españoles que vinieron a Filipinas en los comienzos del siglo dieciséis, nos trajeron y enseñaron el idioma castellano, puro y castizo, el mismo idioma que hablaron Cervantes, los dos Luises, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y otros genios literarios españoles.

Y nosotros, los filipinos, no sólo hemos aprendido en el andar de los tiempos tan sin igual lenguaje, sino que también lo hemos perfeccionado y embellecido con las filigranas del ingenio nativo. Nuestros grandes portulacas como Apóstol, Palma, Guerrero, Paterno, Balmori y otros, le dotaron de nuevos ritmos y armonías. Pensadores y filósofos como Rizal, Mabini, Del Pilar, Pardo de Tavera, Ponce, Epifanio de los Santos y otros lo hermosearon con la elevación de sus pensamientos y la energía viril de su estilo. Oradores, como Graciano López Jaena, Macario Adriático, Manuel L. Quezon, Tomás G. del Rosario, Dominador Gómez, Manuel Rávalgo y otros, hicieron vibrar en el lenguaje español las ansias y aspiraciones de la Raza, que, superando todos los obstáculos del momento, no descansó hasta ver hecho carne su sueño de libertad e independencia.

Señores congresistas, aprovechemos esta oportunidad para rendir un homenaje cordial y sentido a los hispanistas del pasado, a los gloriosos cruzados de la cultura hispánica: a José Rizal, Marcelo del Pilar, Graciano López Jaena, los hermanos Luna, Pardo de Tavera y Palma, Cayetano Arellano y tantos otros llorados caballeros de la pluma, que nos precedieron en la dificultosa jornada de luchar y trabajar por la conservación y propagación en estas latitudes de la cultura hispánica y del idioma español.

Y ya que estamos congregados en los salones de esta Universidad, tampoco debemos olvidarnos de la brillante labor de los fundadores y directores del Centro Escolar de Señoritas como pedagogos y como entusiastas hispanistas.

Antaño había aquí dos colegios: El Centro Escolar de Varones, fundado por los hispanistas Fernando Salas y José Sonecuya, y El Centro Escolar de Señoritas.

El Centro de Varones desapareció juntamente con sus fundadores. Pero el Centro Escolar de Señoritas todavía vive y florece. Sean nuestros más sinceros elogios y nuestra gratitud, para esta *alma mater* de las madres y heroínas filipinas del porvenir; especialmente para la nunca bastante llorada Librada Avelino, cuya santa memoria y noble ejemplo todavía sirven de estímulo e inspiración a las actuales directoras, profesoras y alumnas de este ilustre centro de enseñanza. Ella fué en vida una gran laborante y defensora del idioma castellano.

Si, como dijo el gran escritor inglés Samuel Johnson, "el lenguaje es el parentesco de las naciones", por medio del lenguaje español nosotros, los filipinos, nos hemos "emparentado" espiritualmente con todos los pueblos y hombres hispanoparlantes de la tierra. La cultura es el verdadero barómetro de la libertad y del progreso. La prosperidad de un pueblo no depende de la abundancia de sus recursos, ni de la belleza

de sus edificios públicos, ni de la potencia y estabilidad de sus arsenales y baluartes militares; sino principalmente del número de sus ciudadanos dotados de cultura, de ilustración, de conciencia cívica, de carácter y de virtud.

Vosotros, los hispanistas, sois los nobles apóstoles de un nuevo idealismo; los nuevos Quijotes que vuelven a enristrar sus lanzas de hidalgos, no para luchar contra vanos inútiles molinos de viento, sino para afrontar la realidad, para sentir las palpitaciones y latidos del alma y del corazón de la Patria, para compenetraros de sus angustias y pesares, y, finalmente, para compartir con la Patria idolatrada los ensueños y las esperanzas de un porvenir de progreso, de paz, de gloria y de felicidad.

Señores congresistas, estoy con vosotros hoy, porque, como vosotros, quiero, pienso y trabajo para que la cultura hispana no desaparezca de Filipinas y para que el idioma castellano continúe siendo hoy, como ayer y como mañana, uno de los idiomas oficiales del pueblo y del gobierno de Filipinas.

Hubo un tiempo en que el español parecía a través su más terrible crisis en nuestro país. Hasta se llegó a temer que, tal vez, desapareciera de Filipinas, reemplazado por el inglés y por el tagalo. Para fortuna nuestra, durante estos últimos años, se ha observado una verdadera reacción, un súbito despertar, un renacimiento fuerte y vigoroso del idioma hispano. No sólo en la prensa, en la tribuna y en los centros y estrados de enseñanza se alzó la voz de alerta para la conservación del castellano. El vigoroso cleaje alcanzó hasta el mismo Congreso legislativo hasta entonces resaca o indiferente. Fué cuando se presentó y se aprobó el proyecto de ley del Senador Viento Sotto. Yo, entonces, era todavía miembro del Senado, y, como senador, voté y trabajé para que el proyecto de Sotto se convirtiera en ley, porque tenía, como sigo teniendo, la firme convicción de que los filipinos necesitamos de este lenguaje para conservar los vestigios de nuestra antigua y gloriosa tradición y como medio para promover la paz entre muchos pueblos de la tierra.

Vosotros, como verdaderos hombres de cultura, tenéis en vuestras manos la clave de la solución de muchos problemas nacionales. Es vuestro privilegio y vuestro orgullo, como lo son también míos, trabajar por nuestra Patria.

La República Filipina confronta hoy muchísimos problemas de primordial importancia, y uno de ellos es el palpante problema económico. En estos momentos críticos, debemos mejorar y estabilizar la economía de Filipinas. Necesitamos reorganizar nuestras finanzas. Debemos aumentar la producción interna y, al propio tiempo, poner frenos y cortapisas al desequilibrio del comercio exterior e internacional, al agiotaje y al estraperlo, así como a las manipulaciones monetarias y comerciales que puedan mermar, desnivelar y hasta destruir nuestra estabilidad financiera. El Gobierno está adoptando todas las medidas y precauciones necesarias para evitar una crisis en todos los sentidos. Pero es necesaria la cooperación sincera y entusiasta del pueblo, para que, cuando se pongan en práctica las nuevas medidas legislativas y administrativas, podamos ofrecer pruebas de un máximo grado de eficiencia.

En lo que respecta a nuestras relaciones con España, podemos asegurar que la República Filipina ha sido una de las naciones que gustosamente concertó con ella un tratado de amistad. Como senador, fui yo uno de los que votaron y trabajaron para que ese Tratado fuera ratificado por el Senado. La norma de nuestra actitud hacia España, es sólo ver en ella a la vieja madre, que, en este período crítico de la historia, al ver a su hija Filipinas hecha una nación libre e independiente, vuelve hacia ella los ojos impregnados de dulce añoranza y el corazón estremecido por la nostalgia y el recuerdo perdurable.

La historia del Hispanismo está directamente ligada con la historia de Filipinas. No se puede escribir nuestra historia sin incluir en ella capítulos vibrantes de la historia del lenguaje castellano y de la cultura española en Filipinas.

El lenguaje es el barómetro del pensamiento y del carácter de un pueblo. Según el gran escritor inglés Coleridge "el lenguaje es el arsenal de la inteligencia humana, y, al mismo tiempo, contiene los trofeos de su pasado y las armas de sus futuros conquistas."

Lo mejor del tesoro histórico de Filipinas está escrito en castellano. Los fundadores de la Nación filipina, desde los gloriosos días de los mártires de la Patria, los Padres Burgos, Gómez y Zamora, hasta la hora de la emancipación completa y definitiva, emplearon el castellano en sus trabajos de propaganda patriótica. Con justa razón puede decirse que el castellano fué y es aún el idioma del Nacionalismo filipino.

¡Adelante, Caballeros del Hispanismo!

Desde las vetustas y derruidas torres de las iglesias y colegios antiguos, cuatrocientos años de cultura hispana os contemplan.

¡Adelante, cruzados de una gloriosa cultura, defensores de un ideal sagrado, apóstoles de la tradición y sabiduría de una Raza! Proseguid vuestra noble labor y sed dignos de la confianza y de las esperanzas que una Patria libre y fuerte ha puesto en vuestras manos aptas y capaces y en vuestros espíritus que han recogido la esencia de una santa y sublime filipinidad. ¡Dios y la Patria estarán con vosotros en los zetos y deliberaciones de este ilustre Congreso!

Muchas gracias.

CARTA DEL *SPEAKER* DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES

EL PRESIDENTE DE TURNO. El Secretario del Congreso se servirá leer la carta que se ha recibido del Presidente (*Speaker*) de la Cámara de Representantes, dirigida al que tiene la honra de presidir esta sesión.

EL SECRETARIO:

"Manila, 10 de octubre de 1950.

"Hon. Manuel C. Briones,
"Presidente de Turno en la Segunda Sesión
"del Primer Congreso de Hispanistas de
"Filipinas,
"Universidad del Centro Escolar,
"Manila.

"Muy señor mío y amigo:

"Deberes oficiales ineludibles, cuyo desempeño coinciden desgraciadamente con la hora fijada para la celebración de la Segunda Sesión del Primer Congreso de Hispanistas de Filipinas, a la que he sido invitado para estar en ella como huésped de honor, hacen imposible mi presencia en ese recinto.

"Esto no obstante, quiero que conste que espiritualmente estaré con todos los Congresistas, a quienes saludo y desco felicitar por los patrióticos y culturales fines que los han reunido, deseándoles al mismo tiempo rotundo logro en sus planes y deliberaciones.

"Se reitera de V. muy atto. s. s.

"EUGENIO PÉREZ—

"*Speaker de la Cámara de Representantes*".

REMISIÓN DE PROYECTOS DE RESOLUCIÓN AL COMITÉ DE RESOLUCIONES

El PRESIDENTE DE TURNO. La Mesa ordena la remisión de todos los proyectos de resolución que obran en la secretaría de este Congreso al Comité de Resoluciones, con el ruego de que éste los estudie y los devuelva con la recomendación correspondiente, para su consideración en la sesión de mañana.

LEVANTAMIENTO DE LA SESIÓN

El PRESIDENTE DE TURNO. Habiéndose cumplido con el programa correspondiente a este día, y no habiendo ya asuntos de qué tratar, se levanta la sesión hasta mañana, a las cuatro y media de la tarde.

Eran las 7:00 p.m.

